

Pasado (s)

Héctor Gómez Vargas

*Mirando flores,
sentí que se sumergen
en fronda verde.*

Zenna

La rememoración es la reliquia secularizada.

Walter Benjamin, Parque central.

Por lo general, cuando se hace una película que gira en torno a una sala cinematográfica o al hecho de ir a ver películas al cine, se trata de algo que está cargado de referencias nostálgicas, por lo menos desde la aparición de *Cinema Paradiso*, de Giuseppe Tornatore, que se estrenó en el año de 1988, y, al año siguiente, *Splendor*, de Ettore Scola. Después aparecieron otros films con intenciones similares, es decir, manifestar un cambio en la forma como la gente vio películas en las salas de cine durante décadas a lo largo del siglo XX, y el cambio en el mundo que se estaba dando en la década de los sesenta que no solamente implicaba otros procedimientos de ver cine y lo que sucedía en las mismas ciudades donde las salas eran abandonadas, derrumbadas o reusadas como estacionamientos, tiendas departamentales y otras cosas más.

Personalmente ver ambas películas, aunque más la de *Cinema Paradiso*, me decían de algo que pasaba en mi ciudad pues algunas salas de cine que eran emblemáticas desde décadas atrás estaban en franca decadencia, algunas proyectando películas eróticas o cine mexicano de baja calidad, otras habían sido abandonadas o comenzaban a transformarse en las multi salas de cine y eran derrumbadas y se convertían en estacionamientos o tiendas departamentales. Hoy mismo la tienda Coppel ocupa los espacios o las estructuras de lo que fueron los cines Américas, Reforma y León, el modernísimo Cine León, como se le decía a finales de la década de los cincuenta. Recuerdo haber visto la película en lo que se conocía como Plaza Colonial, una vieja casona que se acondicionó con varios espacios para rentarlos para el comercio en general, y donde se adaptó un espacio amplio para abrir lo que se conoció como el Cine Colonial. Ir al Cine Colonial era una experiencia cargada de ambigüedad, propia de esos momentos, pues se abría una sala para ver cine dentro de un espacio que desde el siglo XIX había servido como casa habitación para una familia acomodada, y que ahí se proyectaba una película que daba cuenta del posible futuro de las salas,

algo que se manifestó meses después en la ciudad con el cierre del Cine León.

Hoy en día ir al cine en la ciudad es acceder a plazas comerciales donde una empresa estableció y abrió al público un complejo de salas. En estos tiempos ver cine en una sala no es lo mismo que como se hacía en la década de los ochenta y más atrás. Y no lo es porque, además de que ya no se hacen películas como antes, la ciudad no es la misma, ni lo es la dinámica de las personas, las formas de ser un público del cine, y, sobre todo la experiencia de lo que era el pasado a lo que ahora lo es.

Ayer, Susana, mi mujer, y yo vimos la película *El imperio de la luz*, por Disney+, la historia de un romance entre una mujer madura y un hombre joven de color que se enamoran, una historia triste, pero bonita, como lo expresó Susana al terminar de ver la película. Pero igualmente puede ser vista como una historia de un romance entre una mujer madura con un hombre joven de color, y de una sala de cine de 1980 en una ciudad de Inglaterra; por eso le dije a Susana cuando terminó la película que extrañaba las salas de cine de mi infancia y de mi adolescencia. Pero no solamente era la extrañeza por las salas, sino de algo más amplio y que en esa época se entendía como «ir al cine», y cuando dije eso, entendí que no solo era la extrañeza por el cine, la ciudad, la gente, las películas de los sesenta y setenta, sino porque para mí, y para la mayoría en general, en esos años estaba claro donde quedaba el pasado que por mucho tiempo permanecía alejado y acechando al presente, y que ahora todo ello se ha alterado y no queda claro qué está sucediendo, sospechando que habitamos varios pasados que están activos, y activando al presente, y el cine, ir al cine, las salas de cine, o dónde ver cine, y con ello la ciudad, ha cambiado y se está transformando en otra cosa. Pero el pasado de mi infancia y de mi adolescencia ya no está.

No tengo claro si es el caso de todo individuo de la antigüedad, de antes de la modernidad y de la

elaboración del sentido moderno de la historia, pero habitar el tiempo para cada persona no es un asunto fácil, nada fácil. Habitar el tiempo es estar en una red de líneas del tiempo que se mueven y se accionan desde diversas y diferentes direcciones, incluso ahora en tiempos de la post historia, la post cultura y la ciencia no clásica. En su libro *Futuro* Marc Augé comienza diciendo que el futuro «no es el porvenir», e igualmente expresa que es «la vida que está siendo vivida de manera individual», y unas páginas más adelante señala: «Futuro y “porvenir” son, entonces, dos expresiones de la solidaridad esencial que unen al individuo y a la sociedad».

Un acercamiento a la historia moderna (y postmoderna) es el texto, «Sobre el concepto de historia» de Walter Benjamin, muy usado y debatido en las últimas décadas, sobre todo la tesis IX cuando menciona el cuadro de Klee, *Angelus Novus*, donde un ángel se aleja de algo y que para Benjamin ese debería de ser el aspecto que tiene el «ángel de la historia», pues el ángel del cuadro está contemplando algo que ha dejado atrás que para Benjamin es el pasado, y dice al respecto: «Donde ante nosotros *aparece* una cadena de datos, *él* ve una única catástrofe que amontona ruina tras ruina y se las va arrojando a los pies».

Para Benjamin, el ángel quiere detenerse, pero no puede porque desde el Paraíso «una tempestad se enreda en sus alas, y es tan fuerte que el ángel no puede cerrarlas», y lo que hace la tempestad es empujarlo al futuro, mientras que «el cúmulo de ruinas ante él va creciendo hasta el cielo». Para los tiempos de Benjamin esta visión era algo que ha sido propio de la modernidad: una escisión del pasado con el presente, y los ojos vueltos hacia adelante, el futuro, y que lo observa bajo la noción del progreso a la que ve como «*esta* tempestad». Para Benjamin el pasado no es solo algo que permanece atrás como un cúmulo de ruinas, sino que su conocimiento es complicado, algo que afecta al conocimiento histórico del pasado. Otra referencia muy recurrida del texto de Benjamin es la tesis V que dice que la «verdadera imagen del pasado pasa *súbitamente*», y que al pasado se le puede co-

nocer solamente al «retenerlo como imagen que relampaguea de una vez para siempre en el instante de su cognoscibilidad», por ello dice en la tesis VI que el conocimiento histórico del pasado es a través de «apoderarse de un recuerdo que relampaguea en el instante de un peligro».

Pero la modernidad es la que parece haberse quedado atrás, una ruina más de esas de las que decía Benjamin, y algo se ha venido formando, una nueva tempestad que se detiene ante la idea moderna del futuro, del progreso y más que volverse al pasado, atrae al presente una diversidad de ruinas de varios pasados que ahora nutren a un presente que se amplifica más y más para que siga siendo presente. Régimen histórico y sociológico del «presentismo» dirían algunos, y que manifiesta una condición de ruptura y sisma que remite a pasados muy alejados de lo humano.

En su pequeño libro *No-Cosas*, el filósofo coreano Byung-Chul Han, como vienen haciendo otros filósofos, hace referencia al paso de la condición material de las cosas y objetos a su condición inmaterial, de pura información, y con lo cual la historia como una narración queda suspendida y desactivada. El mundo de las imágenes queda afectado con el orden digital, como lo han expresado José Luis Brea, Villem Flusser, Anne Friedberg, y muchos más, y con ello la visualidad de la modernidad y de la posmodernidad, incluso de aquella de la que hablaba Fredric Jameson sobre la imagen del posmodernismo, ha quedado atrás. Cuando Domin Choi, en *Transiciones del cine*, habla del paso de un cine moderno, edificado desde la segunda mitad del siglo XX, al cine contemporáneo, que se desarrolla más claramente en la primera década del siglo XXI, menciona que algo ha cambiado no solo en el mismo cine y en la visualidad, sino que es algo más amplio, que se puede observar con la presencia de los pasados dentro de entornos digitales, como la cultura popular mediática y digital, y, por tanto, con una diversidad de formas de habitar el tiempo, los pasados en el presente.

No es gratuito que historiadores como Hans Ulrich Gumbrecht hablen de una «sintomatolo-

gía del nuevo tiempo histórico» y también de que es tiempo de cuestionar y usar para todo, o casi todo, a Walter Benjamin, pues con ello no se puede contemplar lo que ha venido pasando desde la última década del siglo XX.

En algún lugar de su libro *Retromanía. La adicción del pop a su propio pasado*, publicado al iniciar la segunda década del siglo XXI, Simon Reynolds expresaba que la industria de la música estaba esperando que la música de la década de los noventa adquiriera la distancia suficiente para que la gente la pudiera escuchar como si fuera algo de un pasado lo suficientemente lejano para reconocerla como algo de la nostalgia del pop. Poco más de una década después del libro de Reynolds, la década de los noventa de la cultura mediática en general es parte de la nostalgia, algo de un pasado que todavía se siente como con cierta cercanía porque las décadas anteriores parecen ser muy lejanas, algo borroso, aburrido, como si fuera un tedioso libro de historia escolar. Incluso, hay música, películas o programas de televisión que no aparecen ni como parte de la categoría de nostalgia, incluso dentro de los canales de televisión con su perfil de «retro», pues lo retro es algo que sucedió y se quedó suspendido en los noventa y, en algunos casos, quizá como los videojuegos, en los ochenta.

En la sección «Nostalgia» de Disney+, uno encuentra algunas películas que se estrenaron en los últimos años de los ochenta o con los inicios del dos mil, y la mayoría son de la década de los noventa. Personalmente me cuesta trabajo verlas como algo nostálgico, sobre todo las de los noventa, porque tengo la sensación de que las vi y me quedé con la idea de que las vi no hace mucho tiempo. Es decir, hay en mis recuerdos algo que se conserva como vigente y con cierta tendencia de «actualidad», aunque sí, me parecen que «ya tienen sus años» o que algunas ya son «viejitas». Hay películas o series de televisión de mi infancia y de mi adolescencia que no se encuentran en las plataformas de acceso generalizado, incluso algunas que vi cuando estudiaba en la universidad, o poco

después de haber concluido mis estudios de licenciatura. Igualmente recuerdo algunas series de televisión que eran habituales cuando por las tardes bañaba a mi primer hijo junto con su madre que no están por ningún lado, mientras que hay series «icónicas» o «para maratonear los fines de semana» que son relativamente recientes. Por supuesto, es difícil recuperar esas películas que vi de niño, porque pese a que algunas las he podido ver, hay algo artificial en la experiencia, algo le falta, y sé que es «otra cosa». Lo que no está ya es la emoción de ir a la plaza principal, ir al cine, comprar los boletos en la taquilla, para lo cual en ocasiones había que hacer una larga cola, entrar y ver la dulcería, entrar a la sala, sentir tanto la semi oscuridad como lo abismal del espacio de la sala, la presencia de los otros espectadores, sus nerviosismos y conversaciones, el momento en que se apagaba la luz, en algunas ocasiones se levantaba el telón y comenzaba la proyección, la espera tensa de ver noticiarios, cortos de próximos estrenos y, por fin, la entrada de la compañía de la película, los títulos y la primera escena, todo ello acompañado de música.

Septiembre 2024
León, Guanajuato